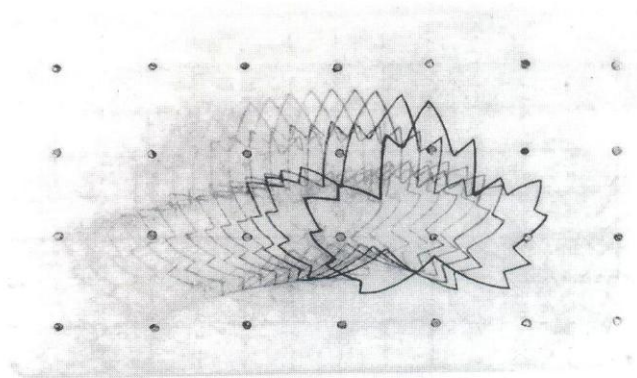
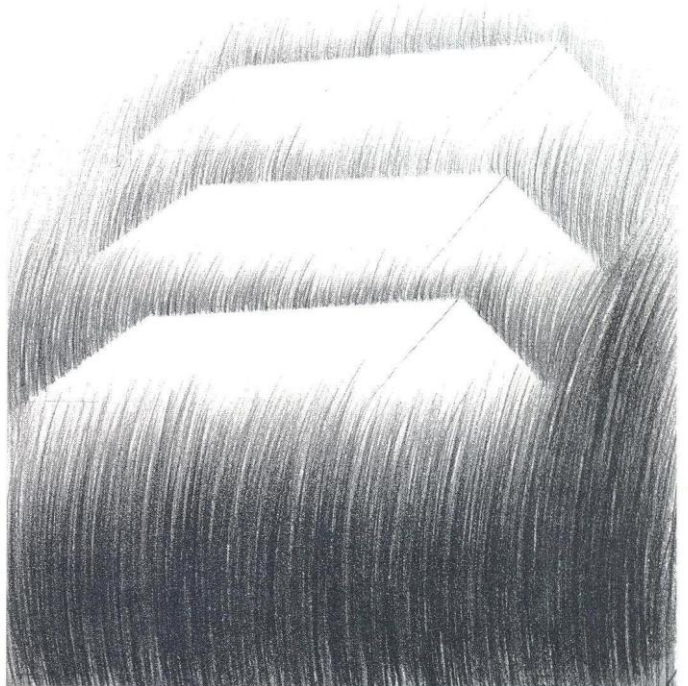


EVA IBARRA Y ROSA M^ª RODRÍGUEZ, INTIMISMO

La obra de estas dos jóvenes pintoras nos habla de la introspección y la búsqueda del intimismo. Así, han creado espacios propios llenos de poesía, sensibilidad y lirismo.

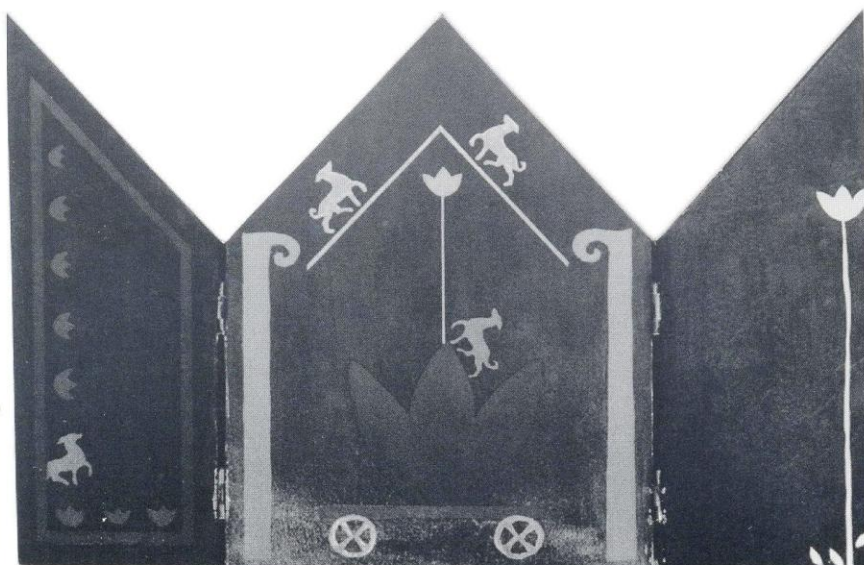
Eva Ibarra presentó sus composiciones con formas vegetales y curiosos soportes. En ellos refleja visiones de un espacio alejado y eterno.

Rosa M^ª. Rodríguez mostró en esta exposición su mundo de formas tubulares, elementos geométricos llenos de ensoñación y sorprendentes cavidades del esqueleto de un animal marino que crea una escalera de caracol que nos conduce al infinito. Sus estructuras conforman poderosos intrincados laberintos. Sus obras en papel nos indican el camino a seguir en su viaje pictórico. Además, mientras buscamos el significado de sus signos, nos deleitamos con la textura de sus piezas sobrias y llenas de espiritualidad.



PARAFERNALIA

Cristina de Vega



con un objeto sorprendente, realizado con cristales, que nos refleja la apariencia cambiante de las cosas.

Cristina de Vega nos sumerge con su pintura en un recorrido cromático y nos abre una ventana a la imaginación.

Aparecen en sus cuadros sillas hiperdimensionadas, flores y animales emblemáticos. Además, los símbolos presentes en sus piezas se convierten en elementos centrales para la interpretación de cultos a los dioses de la tierra y ritos ancestrales. Amante del detalle, esta joven artista intenta expresarnos un deseo de escapar de lo real, ofreciéndonos su particular mirada sobre la plástica sensible y ponderada.

Esta exposición, a tres bandas, pudo ser vista en el Ateneo durante septiembre y octubre de 1997. En esta colectiva participaron Lola Padrón, José Luis Valien y Cristina de Vega. Valien nos ofreció un panorama de figuras muy cercanas al Pop y a la estética de Francis Bacon. Son personajes dotados de fuerte cromatismo que nos hablan de la crisis de nuestro tiempo y nos observan interesados desde sus atalayas, contándonos sus desvelos.

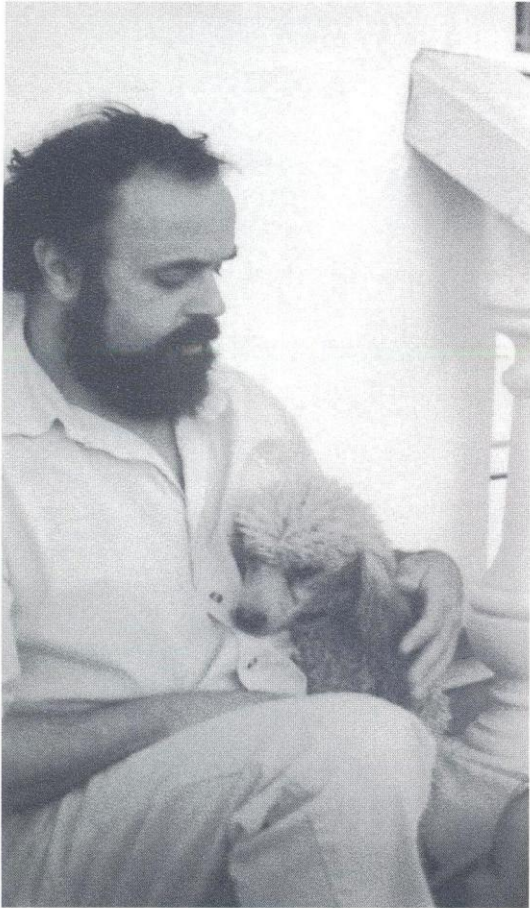
Lola Padrón nos sedujo con su universo de elementos sacados de lo cotidiano con fondos de bandas verticales. Sus cuadros nos acercan al mundo de los objetos y a la fascinación por los pequeños detalles.

Cristina de Vega nos impresionó por su fuerza y expresividad. Se trata de una producción barroca por el tratamiento de los dorados, delicada y sobria. Sus piezas nos despiertan a una realidad neosurrealista. En una de sus composiciones aparece un ojo gigante, a la manera de un cíclope, que nos espía con su mirada escrutadora, como si la artista quisiera vigilar nuestras reacciones ante sus obras.

Sus cuadros están adornados con detalles geométricos y vegetales que despiertan nuestra curiosidad. Sus soportes son interesantes: algunos, alargados; otros, formando trípticos que nos recuerdan a la estética de los iconos bizantinos.

Su plástica es inquietante y onírica, pues nos hace indagar en el mundo de los sueños. En esta muestra, nos encontramos





Jorge Patallo

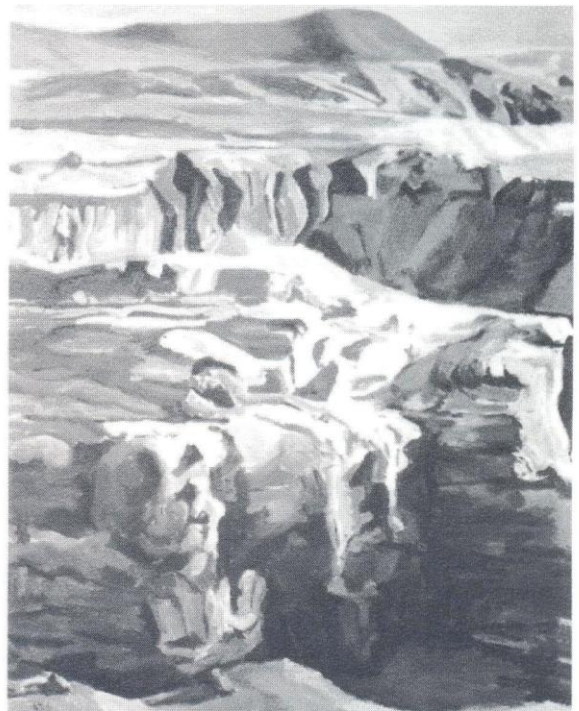
El paisaje efímero

Este pintor, de amplia trayectoria profesional, visitó nuestra sala en el mes de abril. La fascinante orografía de Fuerteventura le sirve de motivo para sus composiciones.

Sus obras son imágenes de un tiempo perdido, espacios sedimentados, abruptos y sorprendentes. En ellas sentimos el pulso de la tierra cuando la erosión transforma su superficie que se calcina bajo un sol implacable durante el día y por la noche se ilumina por la luz de la luna.

Se observan en su plástica los eternos colores del suelo, los ocres y los negros de las tierras del archipiélago, de los barrancos y de los volcanes. Además, destacan los verdes y los amarillos que dibujan espirales de fuego sobre sus lienzos.

Representa una geomorfología cambiante, telúrica y mágica. Así, sus paisajes nos ofrecen una visión onírica y lacerante al mismo tiempo, y ... efímera como la existencia de las cosas.



C A R L O S
H E R N Á N D E Z

ATAVISMO

e x p o s i c i o n e s



Este artista realizó una propuesta singular en nuestra sala de exposiciones. Nos sorprendió con un “Perfomance” en el que se integraba una gran y sorprendente caja negra que, a modo de “attrezzo”, escondía una serie de instrumentos de percusión. La mezcla de música, ritmo y sonido con su obra plástica nos asombró gratamente. Al final de la escenificación, el autor de la pieza musical nos conmueve con un grito, a modo de catarsis, y nos desvela las telas negras, mostrándonos su verdadero rostro.

Su obra nos habla de las claves del atavismo, mundos por descubrir y deseos de indagar en lo ancestral, manifestando los símbolos que se esconden en las conciencias. El artista nos guía hasta su singular Caja de Pandora y nos enseña a buscar la huella de sus rasgos pictóricos más allá de los límites de lo establecido.

MARCOS BRITO

o el ARTE de lo COTIDIANO

Dice E. H. Gombrich: “No existe, realmente, el Arte. Tan sólo hay artistas”. En realidad lo que alienta el famoso profesor es una amplia concepción del arte. Sirvan sus palabras para introducirnos en la obra de Marcos Brito, cuya manifestación artística también se escapa de los límites del lienzo, la paleta y los colores.

Digo esto porque se sirve nuestro artista de los objetos en sí mismos, y no de su explícita proyección, para ubicarlos en el espacio del arte. Para Marcos Brito, el arte es re-presentación, y la representación está por encima de la realidad tangible. El pintor, en esta ocasión, ha elegido el lápiz como fuente y símbolo de su discurso como objeto central de su arte.

El lápiz de color o creyón es un elemento inocente, inicial, primitivo. Al posibilitarle el artista una cierta forma de juego de relaciones con los más diversos materiales de la realidad cotidiana significándolos como objeto de arte, de alguna manera, regresa al vientre oscuro de la caverna, al lugar puro, para iluminarlo, y, en este sentido, tomando como referencia el creyón, quiere o pretende erigir el sentimiento secreto y liminar de la creación artística.

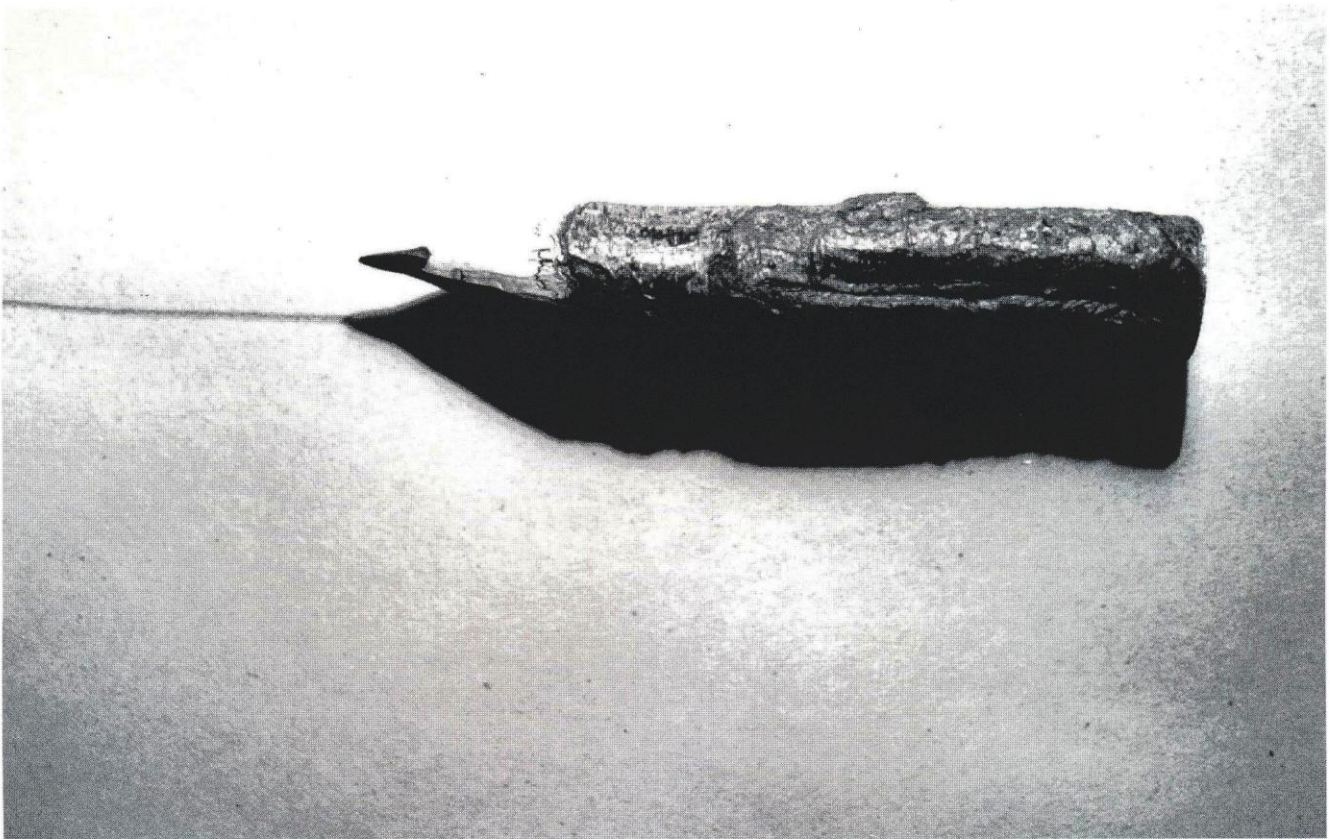
Desde el tiempo de las pinturas de las cavernas se ha propiciado en las representaciones artísticas

los signos mágicos, o amuletos, a partir de los cuales tanto el marco como la escena se sacralizan. El arte y la poesía también han perseguido acotar los espacios ascéticos del lienzo y la palabra con sus propias imágenes iniciáticas.

No cabe duda de que las visiones artísticas son iluminaciones, destellos. Y hay casos en los que el destello permanece para iluminar muchos aspectos de una misma visión. En este sentido, en la obra de Marcos Brito, el creyón o lápiz de color ocupa el lugar divino de la llama que ilumina ese territorio consagrado. Pero la cuestión no es sólo erigir un marco ritual y mágico, sino que al mismo tiempo el artista, en su función de creador, sea también un ente iluminado, justificado por su obra.

Es, la de Marcos Brito, una obra intimista y personal, de elementos caseros en desuso o desechados (la cinta métrica, el martillo, la tubería, el gozne...) que se imbrican en un discurso con los lápices de colores. Todos esos materiales en su re-presentación artística, trascienden sus usos prácticos y sus visiones cotidianas así como sus condiciones deterioradas, para transformarse en objetos de arte y configurara un territorio consagrado.

Para los amantes del arte conceptual, o de Joan Brossa en concreto, Marcos Brito representa el eslabón insular.



Paula Nogales:

Decir, como afirma su propia autora, que **Manzanas son de Tántalo** es un libro descaradamente “femenino”, puede, a pesar del entrecomillado, llevar a interpretaciones falaces o a opiniones mejor o peor intencionadas. De ahí que yo prefiera hablar de un libro en el que la mujer, su principal protagonista y trasunto de la poeta, nos presenta, unas veces recurriendo a los mitos, otras a su experiencia cotidiana, directa y sincera, su visión del mundo que la rodea y de sí misma.

Por supuesto que hay una intención - qué escritor no la tiene-, y, como en toda poesía confesional, Paula, al plantearse preguntas, al exponer sus propias dudas y descreimientos, nos lleva, sin que podamos evitarlo, a reflexionar sobre nuestra propia condición de habitantes de un mundo que apenas conocemos.

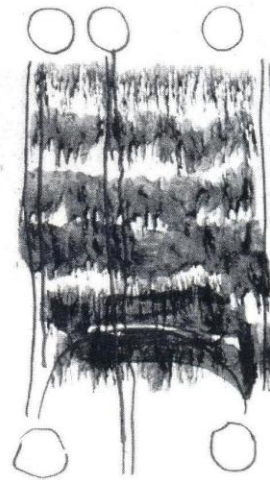
El libro que hoy presentamos, siguiendo el esquema de los anteriores, se abre con un poema prólogo en el que la poeta se adelanta a darnos unas primeras pistas de lo que vamos a leer.

En definitiva, nos previene ante el inicio de un viaje, a través de la palabra, hacia una realidad que no se nos promete muy feliz. No en vano el título del libro que, sacado de un soneto de Góngora, alude al suplicio de Tántalo, rey condenado al hambre y la sed inextinguibles, y el verso de Mallarmé que encabeza este primer poema: *Si la carne es triste, y hemos leído todos los libros...*

Manzanas son de Tántalo está dividido en tres partes. La primera, “A la sombra de Dafne”, nos da una referencia de la tendencia clasicista de la autora, desarrollada ya en los dos libros anteriores, y que se nos confirma aquí, no sólo por la incorporación directa del verso de Garcilaso, *los tiernos miembros que aún bullendo estaban*, en el poema “Laurel amargo”, sino por la utilización de un vocabulario y de una cierta cadencia en el ritmo de sus versos que nos acerca a esta tradición. La alu-

MANZANAS SON DE TÁNTALO

ilustrado por
MARTA VEGA



Manzanas son de Tántalo



sión al mito de “Laurel amargo” se nos hace más patenta en el siguiente poema, “A la sombra de Dafne”. Dafne, o el miedo a la entrega. Dafne, o el terror a lo desconocido que la vuelve vacía y yerma, sin más futuro que su propia sombra. Visión desmitificadora que se nos clarifica plenamente en “Cuarto menguante” en el que la poeta “juega” con dos personajes antagónicos, cuyo único punto de unión sea, tal vez, la identidad de sus nombres: DIANA. ¿O no es el único?

Diana la cazadora de múltiples nombres, hija de Zeus, virgen perenne, imagen cruel e invencible de la distancia, en contraste con esa otra Diana, la de Gales, mitificada hoy después de su muerte, tal vez por la ausencia de otros ideales, buscadora derrotada del amor.

Al final, el hallazgo de un nuevo punto de encuentro entre las dos: la referencia lorquiana al *polisón de nardos que nadie roza*.

El “Manifiesto de Penélope”, el último de estos referentes femeninos, cansada de tejer y destejer, es una llamada a la rebeldía que nos prepara para el cambio que va a producirse en la segunda parte de este libro, porque “hasta aquí la paciencia y sus arduos arabescos” y hasta aquí también esa clásica serenidad literaria con la que Paula nos habla de la soledad y el vacío que produce la negación a los deseos más íntimos.

A partir de “Terapéutica”, poema con que se inicia la segunda parte de este libro titulada “La manzana podrida”, se impone un giro importante, quizás no tanto en la visión de la realidad como en la forma en que esta visión se expresa.

Ahora el lenguaje se actualiza, se convierte en narrativo y cotidiano para que nada se interponga en el compromiso comunicativo de su autora. Y no es difícil identificarse con el personaje que, sentado “en la terraza de un café” espera “que el camarero te sonría” o “que una mano autónoma y sorpresiva prenda un fósforo bajo tus narices”.

La realidad, lo cotidiano conducen a la mirada escéptica y, muchas veces, irónica de la poeta, aunque esta ironía se mantenga a media voz, como ella misma dice, “sin sangrantes estridencias”.

Lo “femenino” como imagen del miedo, del “quiero y no puedo”, de la pasividad, de lo pacato, se pone en tela de juicio, y es inevitable una sonrisa al imaginarnos a esa mujer que se atormenta pensando que quizá “habría sido mejor traerte un saquito”, o que “acaso tu falda es demasiado corta”.

El deseo de liberación se enfrenta a lo ancestral, a los miedos aprendidos, a la educación castrante e inhibidora que empieza ya en los “Cuentos para niños”, donde “malvadas brujas y madrastras” están “a la espera de su merecido castigo”, mientras un “príncipe seguro de sí mismo” rompe el hechizo “con un beso oportuno”. Entre tanto, mujeres impredecibles como la Mrs. Smith del poema “Esas cosas pasan”, huyen del “sagrado hogar” “en compañía de un croupier afectado/por nefanda enfermedad”.

“La manzana podrida” se cierra con un pequeño poema del mismo título que, a manera de irónico “carpe diem” nos lleva a la incerteza de la vida.

Por otra parte, la propia autora apuesta - y recojo aquí sus propias palabras- por “salirse del plato y contaminar a los demás”, haciendo un guiño cómplice a la manzana podrida de la fábula. Y tal vez se trate de eso, de contagiar a los otros la rebeldía para que despierten.

“Coda” es el título de la última parte del libro en la que Paula Nogales se plantea una reflexión sobre su propia escritura poética. Desde el primer poema “Plaza”, vemos como la poeta se aventura en el difícil camino de la autenticidad, sin que por ello tenga que sacrificar el lenguaje al que, por otro lado, cuida y afirma amar. Ya en el poema “Ab renuntio”, se ve un claro propósito de escritura donde abandona el “paraíso de las almas nobles./las que enarbolan las plumas que garantizan/el sueño de los justos”. Y asume este propósito con todas sus consecuencias, porque como ella misma dice, “mentir es fácil e indoloro”, pero la poesía que busca la verdad de uno mismo es difícil y duele.

Llegamos al final con este poema que encabeza una cita de Pessoa y, al cerrar el libro, nos queda ese sabor de “infusión ambarina/ en que se licua la tarde/” y que yo invito a todos a que paladeen con su autora.

Andrés Carranque de Ríos

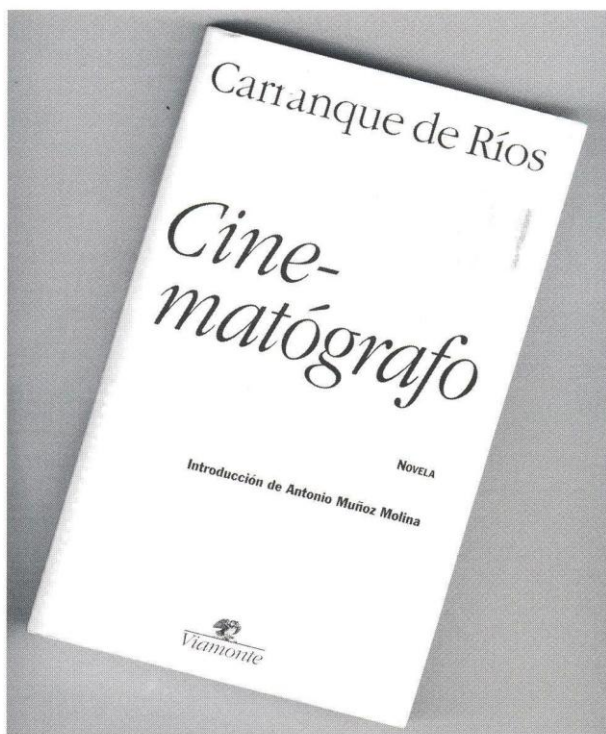
Cinematógrafo

Viamonte, Madrid, 1997.

Qué curiosa es, a veces, la existencia de un libro, tan al borde de la inexistencia cuando las cartas no le son favorables. Ahora, gracias a la iniciativa de la editorial Viamonte, en su colección "Reencuentros", destinada a la recuperación de textos olvidados, reaparece *Cinematógrafo* (1936), la novela emblemática de Andrés Carranque de Ríos. Carranque murió joven (Madrid 1902-1936) y no dejó tras sí una producción literaria demasiado abultada: tres novelas y unos pocos cuentos. Desde entonces su nombre quedó en la penumbra, habitando el borroso espacio de la rápida referencia bibliófila. Su caso recuerda al de César M. Arconada, otro novelista de la misma generación (la del 27) del que pocos se acuerdan, a pesar de que sus novelas conocieron difusión internacional.

No es original Carranque al abordar en esos años el mundo del cine, presente también en textos de otros escritores coetáneos. La originalidad de *Cinematógrafo* se sitúa en la visión que la novela ofrece de ese mundo, aquí deprimente y amargo, lejos del *glamour* y la fascinación que caracteriza, por ejemplo, *Vida de Greta Garbo*, de Arconada. El cine es también aquí una "fábrica de sueños", sí, pero de sueños falaces y vulgares, pues nos hallamos lejos del referente que los personajes toman como un modelo que imitan groseramente. Nos hallamos lejos de la rutilante fotogenia de las *stars* que, desde las portadas de las revistas de quiosco, sonríen una inacabable felicidad, atesorada en acelerados estilos de vida.

Este mundo mezquino de empresarios ramplones y pícaros directores se edifica sobre las ilusiones traicionadas de



quienes aspiran a una vida mejor: "Se comía poco, pero se soñaba con la niebla blanca que se aplasta sobre las pantallas del mundo. Al fin y al cabo, lo único agradable de la vida es lo que pasa por nuestro lado como un sueño. Y esto ya era bastante para aquellos hombres que aguardaban a poder viajar en primera clase, a vivir en buenos hoteles y a celebrar interviús con los redactores de las publicaciones cinematográficas".

De la tensión entre clases sociales vive *Cinematógrafo* y precisamente en esa denuncia se traslucen las filias anarquistas de Carranque, aunque no se vislumbren alternativas a ese malvivir. Así, el indefinido anarquismo de Álvaro Giménez, protagonista de la novela, está marcado por un profundo fatalismo contemplativo, que lo inmoviliza

para la acción; fatalismo que, unido a su nomadismo a través de trabajos y caminos, está en deuda con Pío Baroja, a quien Carranque admiraba intensamente.

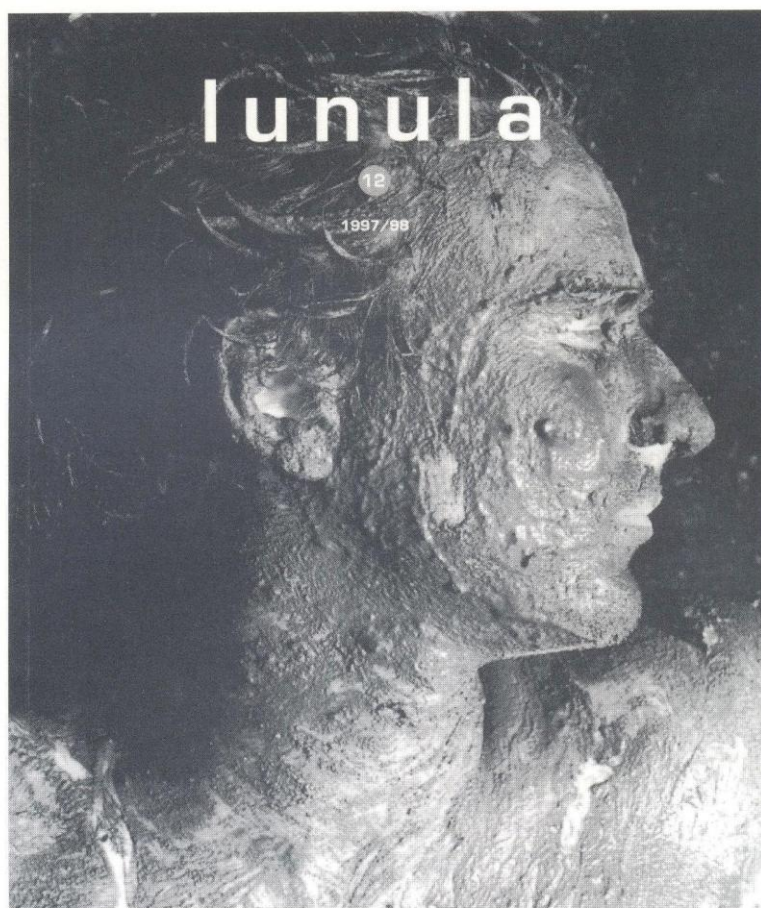
Nada que ver, pues, con esa "niebla blanca" que contagia de entusiasmo a otros escritores contemporáneos, incluso en abierta contradicción con sus posturas políticas, como sucede con el marxista Arconada. Carranque es implacable y no se mueve un ápice en su postura vital contra un sistema que vampiriza los sueños del pueblo. En el burdo Hollywood en miniatura que describe la novela impera la España de charanga y pandereta, la España que Álvaro Giménez encuentra en su deambular perdido por pueblos sin alcantarillas y casinos en los que se despreja la poesía de Antonio Machado.

Nuevo número de **lunula**, revista de arte y literatura

Nuevo número de esta revista del Ateneo Obrero de Gijón, el 12, que en ocasiones ha estado tan ligada a Canarias. En una presentable edición nos ofrece poesía, teatro, prosa, dibujos, fotografías, pintura, tras una excelente portada.

De su lectura, de buena parte de su contenido, se desprende una sensación constante de desánimo que responde a la sociedad que actualmente nos rodea, y de la que formamos parte. Las ilusiones y las promesas de un mejor porvenir se disuelven en vaguedades cuando se intenta algo en tal sentido. No existe el futuro, estamos estancados en una gelatina viscosa que a nada conduce, si no es a inmovilizarnos en este tiempo actual tan neutro y sin valor. Estamos en un proceso de disolución que aparece llegado ya a su fin, y que sólo la inercia hace que continúe no se sabe hasta cuando, arrastrándose, reptando casi sobre esos terrenos que dijimos viscosos.

Hay algo insustancial que nos causa dolor, se cree, pero también existe la capacidad de la conveniente reacción. No se puede ir en contra de la corriente funesta que todo lo está encharcando. Haría falta un valor no común. Sí, esta revista nos da interesantes escritos, prosa o verso, presentadores de un panorama del que acaso los autores no se den cuenta con una conciencia plena. Son como las voces que surgen de los espacios, de las



montañas, de las llanas tierras aplanadas. Y la pregunta no puede menos de formularse. ¿Hacia dónde nos dirigimos? Porque es cierto que se camina y el alma del hombre sensible apenas se da cuenta de que vamos a fundirnos en el inmenso mar y, entonces, ser nada.

Un fenómeno bastante común que nos presentan estos escritos es el del uso immoderado, abusivo pudiéramos decir, de las palabras gruesas, sin distinción de autores, hombres o mujeres. ¿Qué es lo que mueve a clamarlas, a gritarlas, a lanzarlas continuamente a la cara? Porque no es un uso casual o circunstancial, sino más bien forzado a colocar los tacos casi a la fuerza, casi como si el resto del poema, de los versos todos, girara en torno a ellas. Es una uti-

lización en masa, explosiva, derramada por las páginas. Es un puro ataque y desprecio.

Se supone que ello responde a lo que en principio dijimos de un sentimiento profundo de que todo está sucio, de que este mundo ha quedado para el reparto entre rufianes, que nada tenemos que hacer los demás sino mansamente asentir, enredados en los dogmas circulantes que son una maduración de la incabable Historia. No queda más que hacer sino cantar rimas lamentosas. Después vendrán las lamentaciones y las ansias regenerativas de un nuevo 98.